

IN MEMORIAM

Por Gabi Casalins

*“ Sueña, sueña donosa
de mi Mendoza;
sobre tu pelo al viento, ¡ay!,
juega una rosa.
Lunita de viñadores,
de mis amores.”*

Abel Peralta Oro

La invitación sobrevino así, inesperada, a través de mi querido amigo Adrián Ferrero. Y fui, debo confesarlo, algo reticente, en principio.

La verdad es que no ando con muchas ganas de escribir en esta eterna cuarentena intermitente a la que nos va sometiendo el virus. Como escritora, profesora de Literatura jubilada, titiritera improvisada, madre de hijos adultos que viven aquí y en el exterior del país, esta pandemia abrió mis sentidos hacia otras cuestiones que tienen que ver con trabajar con el estado de alerta continuo y la gestión de la angustia que siempre nos sobreviene ante lo que no podemos manejar. Así es que ando trabajando mucho con las manos, pintando con mis acuarelas, bordando como dueña encerrada, metiendo las manos en la tierra, en fin, y también buscando consuelo por los míos que se ha llevado esta pandemia en estos menesteres, también.

Pero Adrián dijo la palabra mágica: “Es una revista digital de **Mendoza**”. El sí fue inmediato. ¿Por qué? Porque a esta provincia soleada me liga la sangre paterna. Y la sangre siempre vino acompañada de la palabra enamorada de mi viejo. Todavía recuerdo su llanto incontenible entrando a la capital mendocina, habíamos ido a un concierto de mi novio entonces y ahora esposo en la bodega Arizu, que era el cierre de un curso de Dirección Orquestal dictado por el Maestro Guillermo Scarabino, organizado por la Universidad Nacional de Cuyo.

Mi papá me había acompañado. Ni bien apareció en la línea del horizonte el primer cerro comenzó el llanto. Ni qué decir cuando comenzaron a sumarse a la ruta los camiones preñados de uvas. Para colmo llegamos en plena época de vendimia.

Él manejaba llorando y sólo repetía con una voz hueca “Mi Mendoza, mi Mendoza”. Creo que esa fue la primera vez que dimensioné su carácter de expatriado. Ese dolor contenido que siempre le había adivinado, ahora era este desborde ante mis ojos. Confieso que estaba perpleja. Mi padre era un hombre especial, con una capacidad extraña de expresar el afecto a través de la palabra o la caricia, pero jamás lo había visto exponerse así. Más bien guardaba una sobriedad típica de los hombres de su generación, tan contenidos.

Ver llorar al padre es algo inmenso, inexplicable.

Comprendí que, en mi padre, aunque viviera en la mitad de esta ciudad de universitaria de diagonales y árboles frondosos que es La Plata, habitaba un hombre de montaña, ese que había subido el Aconcagua y a doscientos metros de la cumbre, había bajado acompañando a un compañero lesionado. Ese andinista que se había despojado de todo logro por el otro estaba y estaría allí, intacto. Para siempre. Esa era la esencia.

Años después enfermó de una dolencia misteriosa y murió en tres meses, en el medio de la llanura, sin un cerro protector que le brindara cobijo. Yo escribí un cuento para él, respondiendo a mi propio llamado.

Su muerte dejó gran desolación, es cierto, pero también aportó, al menos en mí, una gran comprensión de que, en el paso por esta vida debemos brindarnos en nuestra esencia más profunda.

Vaya, entonces, lectores mendocinos y de todos los rincones a los que llegue esta revista este cuento, escrito en homenaje a él y a su Mendoza natal.

Gabi Casalins, 4-5-2021

In memoriam

“Laudato sî, misignore, per quelli ke perdonano per lo tuo amore,
et sostengono infirmitate et tribulatione...”
San Franciso de Asís, “Cántico del hermano sol”

Fue dejando de sufrir.

Fue perdiendo la noción del tiempo y del espacio. Una niebla densa le desdibujó el hoy.

En sordina escuchó por última vez la sincopada melodía del respirador y sintió, por última vez, la molestia de los tubos invasores.

No logró recuperar las voces queridas. Sólo era capaz de recibir con un placer infantil las caricias de alguien cuyas manos le eran conocidas. ¿Su hija? ¿Su mujer? Acaso eso ya no tenía demasiada importancia.

Pronto se deslizó por el tobogán de la oscuridad del coma que le era familiarmente conocido. Era como bajar la cumbre, pero al revés...

*

Tenía los quince centavos apretados en la mano cuando salió de los Maristas. El frío bajó desde la cordillera y se le coló por todos los rincones que la ropa no llegaba a cubrir.

Se acomodó la bufanda y esperó el tranvía soplando en las manos enrojecidas. Zapateó y se golpeó las rodillas que descubrían sus pantalones cortos.

Pensó en el palomar. ¿Se habría acordado la Mami de alimentarle las palomas? Era bueno saber que las mensajeras ya estaban listas para cuando llegaran a destino. Era subir a la cumbre del cerro y soltar la paloma más blanca. “Mami, llegamos bien, vamos de bajada”, sería el mensaje obligado que enroscaría dentro del anillo.

Se sopló el mechón de cabello sedoso que se le caía sobre la frente y revolvió en el bolsillo. Era el último higo seco. Le sacudió la harina y mientras se lo tragaba sin misericordia, pensó en los chicos que vivían en Europa. “Ésos sí que no tenían ni un higo para comer”. Era la guerra.

Pero acá, la higuera seguía siendo generosa. Todos los veranos secaba los frutos en una gran parrilla, exponiéndolos al vertical sol mendocino.

Después había que ayudar a hacer los dulces. Membrillos opulentos y sensuales; pequeños damascos con la piel para acariciar; rojas cerezas navegantes de viscosos mares de almíbar...

Llegó el tranvía y se subió de un salto. El motorman comentó que se acercaban las nevadas. “Ya se respiran en el aire, el frío corta como cuchillo”. Él se alegró. Tal vez sí se podría esquiar este año.

Miró por la ventanilla hacia las cumbres. El cielo era nítido en el frío de la tarde. Las cumbres se recortaban en el horizonte formando una puntilla agreste. Pensó en subir algún cerro ese verano. ¿Tendría alma de cabra como su tía Fanny? La Mami siempre le decía eso. A él no lo asustaba el desafío.

Pronto sonó la campanilla. Se bajó a tiempo. Entró en la peluquería y se sentó en una butaca que le quedaba enorme.

Los diez centavos brillaron frente al peluquero: media americana como los soldados del regimiento.

Las leves plumitas rubias comenaros a caer. A él le pareció que la cabeza se le agrandaba y que las orejas se le estiraban. Mientras le cortaban la pelusa de la nuca se miró las puntas de los zapatos. “Estaban bien pelados”.

El Hermano los había retado por trepar la tapia del patio de atrás durante el recreo. Ellos sólo querían mirar las cumbres y soñar. Soñar con el Aconcagua y su cara feroz. “A ver quién lo sube”, dijeron y treparon la tapia vertical como si fuera la desafiante pared de hielo, en una hazaña de andinistas precoces.

“Ya está”, dijo don Cosme.

Se bajó de un salto y con la cabeza todavía mojada salió corriendo de la peluquería.

En la puerta estaba el organillo. Un monito tití hacía morisquetas y sacaba las suertes. La manivela giraba mientras la música se escapaba danzando en volutas concéntricas que invadían el aire.

Se acercó y preguntó si podía jugar con el animal. El gringo del organito contestó que sí, pero “*que había que tenere cuidado con lo mordiscone*”

El animalito le saltó de hombro en hombro y se le subió a la cabeza rapada y fría para luego tironearle de una oreja. Él le acarició el lomo. Pensó que tenía la cara de un león diminuto.

De pronto el monito chillo y se escapó, saltando hacia el organito, al tiempo que tiraba frenético de la correa. Un olor a humo bajó desde el cielo y pronto, una nube densa cubrió la calle.

“¡Un incendio! ¡Se quema la tienda! ¡Los bomberos!, y la gente que corría atraída por la catástrofe. Él corrió también.

A la vuelta de la esquina pudo ver las llamaradas. Se acercó colándose entre la gente y los policías, medrando con su poca estatura. Estuvo agazapado en la vereda de enfrente al incendio viendo cómo trataban de extinguir el fuego infructuosamente. La escena se sucedía frente a sus ojos azorados y podía percibir el olor de la madera quemada y los gritos desesperados de los dueños. El calor del incendio le chocaba en la cara haciéndole olvidar el frío de la noche que se avecinaba. No observó que había oscurecido. De pronto, como emergiendo de un mal sueño, preguntó la hora. Ya eran más de las seis y media. ¡Cómo se enojaría la Mami por el retraso!

Salió corriendo con la maleta de los útiles golpeándole en la espalda. El frío era un bálsamo benéfico para su rostro acalorado. No sospechó que ese placer le jugaría una mala pasada.

Cuando atravesó el zaguán ya estaba todo transpirado y tenía fatiga.

Amaneció con fiebre. El padre le preparó un caldo de gallina. Apenas lo pudo probar. Un zumbido extranjero le resoplaba en el oído y la cabeza parecía una caja de resonancia.

Llamaron al médico cuando la fiebre subió al mediodía.

Le dolían los oídos, pero igual disfrutó la compota que le acercó la Juana en la bandeja redonda.

Esa bandeja era como un sol. Era pequeña y dorada y tenía unos montículos encadenados en el borde. Le gustaba pasar los dedos por ellos y contarlos, pero la circularidad le hacía perder la cuenta y tenía que volver a empezar. Era una historia sin fin.

Pasaron varios días y la fiebre no cedió al asedio de las compresas. Poco a poco las almohadas que lo rodeaban comenzaron a tragárselo en una enorme bocanada.

Sentía que giraba y giraba. El dolor, sin embargo, comenzaba a ceder y mientras caía en carrera circular escuchaba cuchicheos y retazos de conversación distorsionados: “mastoiditis”, “operar”, “está muy débil”, “salga de aquí, Julia, m’hijita que el hermanito no está bien”.

El mundo se acotó, después, a los márgenes redondos de las almohadas y no volvió a sentir ni el día ni la noche. Sólo aquel oscuro cinematógrafo en el que las imágenes se sucedían sin cesar y que lo arrobaba con su encantamiento. Aparecían juntas, las trenzas de su hermana que volaba en sus patines por la sala y la sonrisa desdentada de la cocinera. Luego el bastón del bisabuelo Lorenzo golpeando el gong del comedor y su gomera hecha con el cuero que cortara de los botines del abuelo Agustín.

Entonces lo invadieron los gritos histéricos de las damas en el boulevard, cuando paseaba con sus amigos “los perritos miniatura”, esas tristes lauchitas que llevaban atadas de la cola con un piolín.

Y después Carlitos Chaplin y una de vaqueros y muy cerca Ingrid Bergman con su sonrisa melancólica y esos ojos turquesas iguales a los de su mamá.

Pero lo más extraño era la gente desconocida que se le arrimaban con rostro condolido: una señora de cabellera negra, vestida de rojo lo saludó con lágrimas infantiles en los ojos. Una nenita solitaria, que arrastraba a una

hermanita de la mano y que le alcanzó un libro gigantesco que él no alcanzó a agarrar. Las páginas se desprendían ahora y podía verlas volar: eran dibujos de un hombre gordo montado en una jaca y un caballero enjuto con la mirada extraviada. Y también estaba un San Francisco con los brazos extendidos justo como el de la iglesia de la escuela. Tenía muchas palomas blancas apoyadas en las manos y sobre la cabeza tonsurada. Un lobo negro le lamía los pies.

Allá, en el fondo del abismo por el que iba cayendo, envuelto en las páginas del libro, un muchacho arengaba a una multitud, mientras se soplabla el jopo que se le caía sobre la frente. Tenía media americana y zapatos negros, pelados en las puntas. Extrañamente, el muchacho le tendió una mano y dejó de caer. Ahora, en el fondo, vislumbró la luz que venía de arriba. ¿Esto sería morir? Tendrían que trepar para alcanzar la cima y averiguarlo.

Escaló con ansias sintiendo el frío en los dedos. La alta pared vertical se erguía, inmensa.

Con curiosidad comprobó que conocía cada paso, cada agarre. Clavó el pico sin dudas en la pared de hielo y se elevó... pero esta vez, no alcanzó la cima.

*

Despertó después de seis semanas de delirio. Todos le dijeron que se había debatido entre la vida y la muerte. Luego le explicaron la cura milagrosa: la penicilina lo había salvado. De este lado del mundo la guerra le había otorgado unos de sus involuntarios y trágicos dones.

Con los días descubrió la realidad de su pobre cuerpo: recorrió con los dedos cada parte de su esqueleto y encontró un hueco extraño detrás de su oreja izquierda. Estaba sordo de ese lado.

Le enseñaron a caminar de nuevo. Perdía el equilibrio con facilidad. Sin embargo, se fue recomponiendo poco a poco. Una mañana le trajeron la bandeja circular llena de nieve. Se la apoyaron en la falda. El montículo brilló reflejado en la circunferencia dorada. Él le aplanó una cara. Ahora sí se parecía a su cerro. El Aconcagua lo esperaba con su pared de hielo desafiante. Se propuso secretamente alcanzarla algún día...

*

En la completa oscuridad, desprovisto de cualquier atadura, alejado ya de las sensaciones primordiales de la carne, vio volar dos palomas mensajeras a su alrededor.

Se dejó llevar, confiado, por el pasadizo circular y la caída. Al final, una pared de hielo vertical, un pico, una soga.

En la cumbre un intenso resplandor en el que pudo vislumbrar al hombre tonsurado. Las palomas le llevaron el mensaje conocido y se posaron en sus manos.

El frío benefactor le golpeó el rostro. Miró las cumbres nevadas para siempre.

Fue entonces cuando comenzó a trepar.

María Gabriela Casalins nació en La Plata el 13 de octubre de 1961. Es profesora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata.

Desarrolló su carrera docente en el Colegio Nacional, en el Bachillerato de Bellas Artes y en el Instituto Santa Teresa de Jesús.

Fue profesora y capacitadora docente del Instituto Eureka para la Educación del Pensamiento, dirigido por el profesor Alfredo Palacios y la Profesora Laura A. E. de Ondarçuhu en La Plata, hasta su cierre en 2020.

Fue hasta el año 2017, profesora titular de Historia Social y Cultural de la Literatura II en el Instituto Superior para el Profesorado, Juan. N. Terrero.

Ha dirigido conjuntamente con la escritora Adriana Coscarelli, el taller de escritura "Abrapalabra" e, individualmente, el taller "Destraabaletras" hasta el año 2007.

Entre 2010 y 2014 ha participado con diversas ponencias de las Jornadas de Poéticas de la Literatura Argentina para niños, organizadas por la Cátedra de Didáctica de la Lengua y la Literatura II, del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Las mismas fueron objeto de publicación en las Actas de dichos eventos:

- Casalins, Gabriela y Dias Leal Mónica: *"El discurso del poder en "Zorro y medio" y "La Nueva ley" de Gustavo Roldán"*. En: Literatura argentina e infancia: Un caleidoscopio de poéticas. Cristina Blake y Valeria Sardi Compiladoras, Colección Poéticas de la literatura argentina para niños. Buenos Aires, La Plata, Vuelta a casa editorial, noviembre de 2010.

- Casalins, Gabriela: *La imaginación al poder en “¡Basta de Brujas!” de Graciela Falbo*. En: Una literatura sin fronteras, Cristina Blake y Valeria Sardi Compiladoras, Colección Poéticas de la literatura argentina para niños. Buenos Aires, La Plata, Ediciones AR.T digital, septiembre de 2011.
- Casalins, Gabriela y Dias Leal Mónica: *“Una mirada caleidoscópica Mil Grullas de Elsa Bornemann”*. En: Un territorio en construcción: la literatura argentina para niños”. Cristina Blake y Valeria Sardi Compiladoras, Trabajos, comunicaciones y conferencias, Buenos Aires, La Plata, Control+P, septiembre de 2012.
- Casalins, Gabriela: *“Gatos con botas y sin botas: La búsqueda de la propia identidad en Luli, una gatita de ciudad de Mempo Giardinelli y Lo que nunca se supo del gato con botas de Adela Basch”*. Publicación digital en Actas de las V Jornadas de Poéticas de la Literatura Argentina para niños. UNLP.
- Casalins, Gabriela y Dias Leal Mónica: *“Una aproximación a la función de lo minúsculo en personajes de la literatura infantil: La mirada y la voz en lo pequeño”*. Publicación digital en Actas de las VI Jornadas de Poéticas de la Literatura Argentina para niños. UNLP.

Fue responsable, junto con los escritores Adrián Ferrero, Luis Soulé y Adriana Coscarelli de la creación del Primer Portal Literario de la ciudad de La Plata en la Web, “Diagonautas”.

Ha publicado el libro *Cara y Ceca de la escritura* en edición de la Facultad de Comunicación Social de la UNLP a cargo de la escritora Graciela Falbo.

Recibió una mención por su cuento “La mudanza”, en el concurso nacional de literatura fantástica y ciencia ficción, “Ciudad de Arena 2005”, entre cuyos jurados estuvieron Carlos Gardini, Pablo de Santis y Patricia Suárez.

Su libro de cuentos *Historias familiares* recibió el primer premio en el III Concurso Internacional Hespérides de cuento 2005.

Durante el año 2009 ha publicado *Animalia* con la editorial Al margen, un libro de cuentos con el formato de un bestiario medieval.

Conjuntamente con las profesoras Mónica Dias Leal e Inmaculada Manzanares Ruiz dirige el blog de literatura infantil *El mono de la Tinta* desde el año 2013.

En 2014 ha publicado la novela para niños *Lo que Teo no dice*, ilustrada por Laura Aguerrebehene en edición de La brujita de papel. Su segunda novela, *Lo que Teo descubre*, ha sido editada en 2018 por La brujita de papel.

Ambas obras abordan la problemática del bullying en la escuela actual.

Uno de sus cuentos, “*Hipogrifo*”, ha sido compilado en el libro *Desplazamientos, Viajes, Exilios y Dictadura*, a cargo del escritor y doctor en Letras Adrián Ferrero, en edición de Edulp, en el año 2015.

Desde 2019 integra la compañía de títeres “Volatineras de Tutilimundi” conjuntamente con la artista plástica Iona Nieva, y la cantante de tango platense María Taranto. Sus producciones estarán próximamente disponibles en YouTube.

